

EL ESCANDALO DE LOS NOBEL

«¿Por qué no el Nobel de Química a Timothy Leary?», pregunta un humorista en Estocolmo (Timothy Leary es un defensor del uso de la droga en Estados Unidos). Y el de Literatura, ¿no se lo darán un día a los estudios de Walt Disney, a los creadores de «comics»? Corren malos tiempos para las viejas y solemnes instituciones, y la de los Premios Nobel no escapa a la corriente. A la Fundación se le ablandan los cimientos. Bien es cierto que hace mucho en contra suya. Ante la ola de ataques y la tormenta mundial tras la concesión de los últimos Premios Nobel, la Fundación propiamente dicha tiene dos líneas de defensa: una por la línea de la paradoja, que consiste en decir que precisamente la conmoción despertada en el mundo prueba lo importantes que son los Premios; otra, en la línea de la irresponsabilidad, basada en que ella, en sí misma, no hace más que aceptar las decisiones de los jurados, administrar los fondos dejados por Alfredo Nobel y entregar dinero y galardón a los elegidos. Y recibir, luego, las bofetadas. La última, la de Le Duc Tho, que compartía el Premio de la Paz con Kissinger y ha decidido rechazarlo: «Me han dado el Nobel por hacer la paz en el Vietnam y la paz no ha sido hecha, luego el Nobel es injusto». Y la dimisión de los dos miembros del Jurado noruego —en las últimas voluntades de Alfredo Nobel se determina que el Nobel debía ser concedido por cinco parlamentarios noruegos— es algo que no había sucedido nunca, y que está incluso impedido por las bases, en las que se dice que, sean cuales sean las disidencias en el seno del comité, éstas no deben figurar en las actas «ni reveladas de ninguna otra manera».

El escándalo del Nobel de la Paz, que Kissinger se apresuró a atribuir realmente a Nixon, su patrón, se duplica con el del Premio Nobel de Literatura. Nadie se atreve a decir si es justo o injusto en sí, puesto que nadie ha leído a Patrick White, pero sí se piensa que es una injusticia comparativa en relación con otros autores que sí han sido leídos, de los que sí se sabe que han tenido una influencia real en la literatura y el pensamiento de nuestro tiempo. Se hace la lista de los grandes escritores vivos sin Premio Nobel: la encabezan Graham Greene, Malraux (en la lista figuró nuestra compatriota Ana María Matute). Y se hace también la de los ilustres desconocidos que por una u otra razón fueron Premios Nobel de Literatura y han seguido siendo prácticamente desconocidos después. Al principio, los Nobel se iban frecuentemente a Alemania, y ¿quién lee hoy a Mommsen, Eucken, Heyse? ¿Quién lee a los daneses Gjellerup, Pontoppidan, al sueco Von Heidenstam, al suizo Spitteler, al polaco Reymont, al noruego Undset, al sueco Karifeldt, al finlandés Sillanpaa, al islandés Kiljan Laxness, al yugoslavo Andric, al israelí Agnon, fuera de sus países? ¿Quién los lee, aun dentro de sus países, a muchos de ellos? Y, sin embargo, todos tuvieron en su momento sus Premios Nobel.

Incluso el Premio Nobel de Medicina y Fisiología ha producido una gran irritación. La mayor parte de los investigadores médicos niegan que los estudios de Lorenz, de Tinbergen o de Von Frisch, sea cual sea su mérito, tengan relación real con la especie humana. Y salvo en el pequeño grupo de la psicología del comportamiento, todas las demás ramas de la psicología lo rechazan. Las consecuencias de Lorenz y de su escuela han sido rechazadas, a veces con pasión y con indignación, por muchos de los pensadores modernos, que se niegan a admitir que haya en la especie humana una «agresividad innata» y recuerdan el daño ocasionado en el mundo y su política por una tesis de carácter parecido, la de la «lucha por la vida» derivada de las ideas de Darwin (ya entonces Kropotkin salió al paso con su ensayo sobre «la ayuda mutua», más importante para él que la supuesta lucha de todos contra todos y la supervivencia del más fuerte).

Malos tiempos para las viejas instituciones sagradas: se están desacralizando a pasos agigantados, han dejado de ser inmunes a la «contestación». Sólo hubiesen podido corresponder a ella con un comportamiento por encima de toda sospecha, lo cual no ha sucedido con los Nobel de este año, que han resultado más bien cómicos. Pero, ¿quién está hoy por encima de toda sospecha? ■

La Capilla Sixtina

LA CASTA DIRIGENTE

El desorden del mundo. He aquí una evidencia sobre la que propongo meditación recia. El colmo de los colmos lo ha interpretado el Dalai Lama en Londres. Un príncipe rescatado al olvido por una operación similar al "revival" de Antonio Machin, Perón o los generales chilenos. Como tal producto "camp", debiera respetar las reglas de este juego de recuperaciones y no saltárselas plebeyamente, como las princepsas que se casan por amor. El Dalai Lama es el Norte de la espiritualidad asiática y de la internacional vegetariana. Espiritualistas y vegetarianos veían en el príncipe tibetano el símbolo de la lucha contra el materialismo marxista y el steak tartare, y al insensato monarca en el exilio no se le ocurre otra cosa que escandalizar a la opinión pública y molestar a los curas ingleses que le agasajaban.

Clérigos ingleses invitaron al Dalai Lama a una comida. Respetando el contraste de pareceres espiritual-gastronómicos, dispusieron una comida vegetariana para el Dalai y una comida carnívora para los curas occidentales. Caballeros del humor británico, los sacerdotes ingleses mostraron el plato de bárbaro pollo al jerez y comentaron: "Príncipe, puede escoger entre este pollo cargado de toxinas y estos vegetales, portadores de todas las purezas tibetanas". Los ojos del Dalai crecieron tras las dioptrías.

—¿Es pollo? —preguntó, con un rictus que parecía indicar desprecio.

—Pollo —admitieron los curas occidentales cabizbajos.

—Lo probaré.

Y el Dalai Lama se comió el pollo de los espiritualistas occidentales, mientras los clérigos ingleses debutaban en las lides gastronómicas vegetarianas. Al final del ágape, un portavoz del espiritualismo occidental dijo, con un cierto retintín: "Ha sido muy interesante el intercambio de parece-

res. Pero nunca más compartiremos un almuerzo con el Dalai Lama". Y es que hay para molestarse.

No lejos de allí, puesto que las distancias no existen para el espíritu, ocurría otra desgracia para los que sostienen la necesidad de creer en algo o en alguien. El almirante Toribio Moreno, copríncipe de la Junta Militar chilena, se despachaba a su gusto sobre filosofía en una entrevista concedida a un órgano paragubernamental (actualmente, en Chile lo son todos.)

—Soy antimarxista porque soy un ser vivo, creado a imagen y semejanza de Dios, que tiene un espíritu creador superior, y el marxismo desecha todos los principios fundamentales. Decir que Marx es un filósofo es colocarlo en un pedestal muy alto. Pretendía ser economista. Trajo de escribir la crítica de la economía del siglo XIX, llamándose crítica en la acepción de la palabra griega, como la "Crítica de la razón pura", de Kant, o sea, el estudio de la economía del siglo diecinueve, y no fue capaz de escribir más que el primer capítulo, que se llamó "El Capital y el Trabajo". Hasta allí llegó Marx.

Está bien que un político "camp" actúe como tal, pero con ciertos límites y fidelidades. Está mal que el almirante Toribio Merino coloque a los economistas en posiciones inferiores a los filósofos, porque de momento, la contrarrevolución ya tiene filósofos (el propio almirante), pero deberá contar mucho con los economistas. Además, ya en los años cuarenta se sabía que la contribución de Marx al pensamiento filosófico demoníaco era importantísima, y no es nadie este señor chileno para enmendar la plana a pensadores de la derecha más tallados que él y con más horas de vuelo.

Donde menos te lo esperas salta la contestación, el desorden y el caos. ■

SIXTO CAMARA